

El estudio del espacio-región como sitio de producción cultural desde las representaciones sociales

Ana B. Palacios Gámaz*

Resumen

El presente artículo tiene como objetivo elaborar un acercamiento a la pertinencia de abordar el análisis de la región como espacio desde su dimensión simbólica a través del sistema de significados de sus actores, esto es desde sus representaciones sociales que orientan la acción y caracterizan las relaciones sociales que estructuran el orden social.

Palabras clave: región, espacio, representaciones sociales.

* Profesora investigadora de la Facultad de Ciencias Sociales, de la Universidad Autónoma de Chiapas, México. Doctora en Estudios Científico-Sociales por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente. Maestra en Estudios Regionales por la Universidad Autónoma de Chiapas y Licenciada en Letras Latinoamericanas por la Universidad Autónoma de Chiapas. Desarrollo la línea de investigación de estudios socioculturales: subjetividad, espacio, poder, diversidad cultural. avgamaz@hotmail.com.

The Study of Region-Space as a Cultural Production Site from the Perspective of Social Representations

Abstract

The objective of this article is to study the relevance of analyzing the region as a space seen from its symbolic dimension through its actors' system of meanings. The analysis is carried out from the perspective of social representations that guide action and characterize the social relations that structure the social order.

Key words: region, space, social representations.

Introducción

El estudio del espacio-región como sitio de producción cultural desde las representaciones sociales nos sitúa, especialmente, en el marco de la investigación sociocultural que tiene por objetivo comprender las relaciones entre el funcionamiento mental humano, y la situación cultural, histórica e institucional en un espacio y tiempo determinado. En el campo de las ciencias sociales, el análisis de las representaciones sociales tiene una gran importancia, ya que es un concepto que permite recuperar los procesos de comprensión, significaciones intersubjetivas que intervienen en la configuración de un orden social, desde la estructura simbólica de la sociedad. Estos sistemas de significados configuran el espacio en su dimensión simbólica.

Desarrollo

La concepción del espacio en la dimensión simbólica

Desde la perspectiva de entender al espacio como relación, el análisis de los trabajos de Bourdieu, (1988) nos permite considerar que el espacio social tiende a funcionar como un espacio simbólico, un espacio de estilos de vida y de grupos de estatus. Las estructuras espaciales, estructuran a su vez la representación del mundo del grupo y del grupo como tal, que se ordena a sí mismo a partir de esta representación.

Las representaciones asumidas como construcciones de la realidad social implican, de acuerdo a Bourdieu (1988), tres aspectos: En primer

lugar que estas construcciones están sometidas a las coacciones ejercidas por las estructuras; a su vez estas estructuras, al ser una construcción social, son también socialmente estructuradas; asimismo, la construcción de la realidad social tanto es una creación individual, como también colectiva. No obstante, la diversidad de estructuraciones posibles a que da lugar esta perspectiva, “el mundo social se presenta como una realidad fuertemente estructurada” (Bourdieu, 1988:134).

Igualmente, el espacio social se expresa bajo la forma de agentes caracterizados por propiedades diferentes, pero sistemáticamente ligadas entre sí; estas diferencias se asumen como signos de distinción. De esta manera, el mundo social se muestra como un sistema simbólico, un espacio de estilos de vida y de grupos de estatus, organizado bajo la lógica de la diferencia.

Desde esta óptica, dicha situación de diferenciación de maneras de representar, de construir la realidad social, proporciona el basamento para la génesis de luchas simbólicas para poder producir e imponer una visión legítima del mundo. De acuerdo a Bourdieu (1988), estas luchas simbólicas se expresan de dos modos: Desde la acción mediada por las representaciones orientadas a hacer visibles y válidas ciertas realidades, y desde la acción que busca cambiar perspectivas de percepción y apreciación del mundo social. El poder simbólico, que posee como expresión más relevante el poder de hacer de los grupos es el medio por el cual las relaciones objetivas de poder tienden a reproducirse. En este sentido, para poder cambiar el mundo, deben “cambiar las maneras de hacer el mundo, es decir, la visión del mundo y las operaciones prácticas por las cuales los grupos son producidos y reproducidos” (Bourdieu, 1988:140).

De esta manera podemos concebir al espacio como un conjunto de relaciones sociales que se entretienen y dan lugar a la intersección de distintos universos simbólicos, un espacio caracterizado por diversos estilos de vida, el cual funciona como un espacio simbólico, organizado bajo la lógica de la diferencia, de la distancia. El espacio está constituido de tal forma que los agentes que en él se insertan tienen una visión particular del mismo, dependiendo de la posición que posean en el espacio social.

Así, el enunciar al espacio como contenedor, productor y reproductor de significados, conlleva a plantearlo, inseparablemente, como referente, como elemento tangente, como materialización en una presencia física, geográfica: el territorio. La delimitación territorial del espacio im-

plica la configuración de fronteras, un afuera y un adentro, y se halla conformado por un sistema de condiciones internas y externas. De ahí que entendamos al espacio conformado a la vez por su elemento tangible e intangible, donde se encuentran imbricados símbolos que hacen posible la producción de sentido (Pérez-Taylor, 2002).

De tal manera, el espacio no puede ser considerado sólo como un contenedor o soporte material de los procesos sociales, sino también como un elemento relevante, activo, dinámico dentro de la estructuración de la sociedad, estrechamente vinculado con las relaciones sociales, las actividades económicas y el territorio, pero también con las representaciones culturales de la sociedad (Hoffmann y Salmerón, 1997).

En consecuencia, el análisis del espacio implica la comprensión de dos dimensiones intrínsecamente interrelacionadas: la material, que concierne al aspecto físico, al territorio. La segunda dimensión es la simbólica, que refiere a lo intangible, al significado, todo aquello que se genera en la producción de sentido. En esta perspectiva el espacio refiere a una producción social en constante transformación y reinterpretación de acuerdo al uso que la población le dé, lo que posibilita su conversión en “un instrumento de control y dominación política que puede, en un momento dado, revertirse y constituirse como una herramienta de lucha y desarrollo alternativo” (Hoffmann y Salmerón, 1997: 22-23); de ahí que el espacio se configure como producto de relaciones de poder.

En esta consideración final, el espacio se expresa como una estructura de poder que manifiesta su localización en la distribución social del territorio, que refiere una estratificación económica de la población, y atañe lugares de pertenencia en el que no se considera el capital para adquirirlo, sino la legitimación que proporciona la historia local de las identidades sociales. En esta perspectiva, el estudio del espacio remite a la comprensión de la diferenciación de sus significados que los sujetos configuran en su interacción y que de acuerdo a Hoffmann y Salmerón (1997) producen las culturas nacionales, regionales o urbanas.

Para comprender el significado del espacio en la vida social, Lindón (2001) propone a las representaciones como una dimensión analítica, y considera, por ejemplo, que las diferentes expresiones empleadas para nombrar al espacio urbano, la ciudad, está asociada a una representación. Asimismo, plantea que las representaciones se construyen en la interacción de unos individuos con otros, son construcciones colectivas y se re-

definen situacionalmente, ya que no son estáticas, y también perduran ya que se transmiten entre los individuos y forman parte de la memoria de las ciudades.

Por otro lado, el espacio en su configuración simbólica y conformación material expresa la identidad del grupo y las relaciones de poder que permean en esas sociedades que habitan la región, de tal manera que el espacio se configura en una marca identitaria grupal. En los espacios habitados y vividos por los grupos que comparten referentes identitarios, se sitúan los comportamientos de los sujetos y configuran el sentido de su universo simbólico. Agier (1997) señala que el buscar los significados que caracterizan ciertos espacios permite entender las fuentes de identidad que se asocian a ellos. De esta manera, la delimitación de regiones permite identificar de cierto modo el significado de los lugares, los elementos que las distinguen.

Con relación a esta postura, Giménez (1999) desde su concepción de la realidad social entendida como producto de relaciones complejas generadas entre los elementos interrelacionados de la realidad material y la realidad simbólica, plantea al territorio como una región sociocultural, entendida ésta como espacio geosimbólico cargado de afectividad y de significados.

Además, destaca en esta propuesta el concepto de territorio, concebido como “resultado de la apropiación y valorización del espacio mediante la representación y el trabajo, una ‘producción’ a partir del espacio inscrita en el campo del poder de las relaciones que pone en juego” (Giménez, 1999:27). En particular se destaca su planteamiento del territorio como geosímbolo, como espacio de sedimentación simbólico-cultural. En sí, el territorio cultural, que trasciende la concepción del territorio como dispositivo material, lo concibe como un significante denso de significados y de relaciones simbólicas; de ahí que proponga a la región sociocultural como una categoría de análisis, que tiene como estrategia metodológica, identificar las diferencias culturales de la región y articularlas, que puede incluir contrastes y contradicciones entre los diversos sectores sociales.

En este orden de ideas, es importante destacar que al asumir a la realidad como plural, dinámica y constituida socialmente (Berger y Luckmann, 1999), tenemos que hablar de la existencia de múltiples y heterogéneas realidades, porque los sujetos elaboran interpretaciones, sig-

nificaciones, desde las particularidades de sus contextos históricos, sociales, culturales, políticos y económicos, multidimensionales. Esto genera diversas formas de comprender su mundo de vida y diferentes ámbitos para intercambiar significados y realizar las prácticas sociales (Martín Barbero, 2003; Wallerstein, 1999; Zemelman, 1996). Por ello, se puede decir que las realidades son constituidas a través de las interacciones sociales, las cuales están mediadas por los sistemas de significaciones que los sujetos construyen colectivamente; estos sistemas son interpretados como representaciones sociales que orientan la acción social y por ende, caracterizan las relaciones sociales que los diferentes sujetos y grupos establecen. Por tanto, las representaciones sociales son constituyentes pero también son constituidas en el orden social.

De acuerdo con Giddens (2001), la realidad social está constituida por la acción de los sujetos, de tal manera que se integra en un conjunto de prácticas producidas y reproducidas por los sujetos quienes poseen la capacidad de agencia, de cambiar el orden social en cada uno de sus actos. Es decir, que las personas como agentes sociales, a través de sus acciones reproducen las condiciones que hacen posible esas actividades, pero en el proceso de reproducción también pueden generar transformaciones. En este sentido, el ser se concibe en relación con las prácticas sociales, y no puede ser entendido fuera de la historia (Zemelman, 1996; Giddens, 1995) y de su contexto espacio temporal.

Por lo tanto, entender esta dinámica social conlleva a la identificación, comprensión, análisis e interpretación de estos escenarios –regiones socioculturales– y los elementos que han forjado su constitución, en particular, las representaciones sociales configuradas en esta red de relaciones, orientadoras potenciales de las interacciones sociales entre grupos diferentes.

El abordaje de las representaciones sociales

Respecto al estudio de las representaciones, de acuerdo a Peña y González (2001) las primeras definiciones de este término datan del siglo XVIII, particularmente del Diccionario Universal de 1727 publicado en Francia, y refieren a nociones de exhibición, presentación de una cosa o persona; igualmente refieren a la ausencia sustituida por una imagen que permite establecer de nuevo lo representado en la memoria.

En la época moderna, Durkheim fue el pionero en abordar las representaciones con el concepto de representaciones colectivas, quien en su obra *Las reglas del método sociológico* (Trad. 2004) concibe que toda la vida social está hecha de representaciones, como el elemento mental contemplado por los estudios sociológicos. Entiende a las representaciones colectivas como estados de la conciencia colectiva (distintos a los estados de la conciencia individual), como la mentalidad de los grupos, que refieren realidades colectivas (Durkheim, Trad. 2007); en este sentido, argumenta que las representaciones colectivas expresan “la forma en que el grupo se considera en sus relaciones con los objetos que le afectan” (Durkheim, 2004:17) y señala como representaciones colectivas a los mitos, las leyendas, las diversas concepciones religiosas, las creencias morales, entre otras.

Asímismo Durkheim postula que la complejidad de la vida social puede llegar a rebasar a la conciencia, y son las representaciones de la existencia colectiva, constituidas como prenociones, de gran relevancia en el desarrollo de la vida cotidiana. De aquí podemos inferir que dichas representaciones son importantes, ya que se consideran como la verdadera realidad social, y no obstante que se encuentran insertas en los sujetos, las representaciones tienen autonomía con respecto a éstos. Asimismo, son generadas a través de las experiencias repetidas en el tiempo y en el espacio, lo cual proporciona su característica de autoridad.

Las representaciones para Durkheim son homogéneas (en el grupo) en el sentido de que reflejan a los mismos sujetos y a los mismos objetos, porque dependen de las mismas causas, y para comprender el o los modos en que una sociedad se representa tanto a sí misma como al mundo que le rodea, es necesario tomar en cuenta la naturaleza de la sociedad. Concebía a las representaciones como un mundo instituido de significaciones sociales como normas, valores, mitos, ideas, proyectos, tradiciones, y definió a las representaciones colectivas como “el acervo de conocimiento simbólicamente estructurado de una sociedad; son la memoria colectiva que contienen las definiciones intersubjetivas tipificadas de la normatividad social” (Durkheim, 2004:29).

El análisis de la teoría social de Durkheim expresa dos conceptos similares en los cuales se fundamenta: La conciencia colectiva, considerada como la estructura simbólica de sociedades simples; y las representaciones colectivas, entendidas como universos simbólicos de sociedades complejas, las cuales se caracterizan por el acatamiento voluntario de la

normatividad legítima, la externalidad (las representaciones colectivas existen con anterioridad e independencia de las manifestaciones individuales) y por la intersubjetividad (Berriain, 1990).

Una de las críticas más certeras al planteamiento de las representaciones colectivas elaboradas por Durkheim, es hecha por Moscovici (2001), quien parte del supuesto que el concepto de representaciones llegó a la psicología social precisamente desde Durkheim, y en este sentido clásico de su abordaje como concepto, viene la crítica de aquél, quien propone considerar a las representaciones como fenómeno y al efecto nos dice: "(...) las representaciones colectivas son un recurso explicativo y refiere a una clase general de ideas y creencias (ciencia, mito, religión, etc.); para nosotros ellas son un fenómeno que necesita ser descrito y explicado. Son un fenómeno específico relacionado a un modo particular de comprensión y de comunicación –un modo que crea realidad y sentido común (...)" (Moscovici, 2001:33). En este orden acentúa la distinción de usar el término social en sustitución de colectivo, y propone la perspectiva de las representaciones sociales.

El análisis de las representaciones sociales, desde la psicología social, se ha desarrollado desde dos enfoques relevantes: El procesual y el estructural dinámico (Ortega, 2004). El *enfoque procesual* surge en Francia en la década de los sesenta, precisamente con los trabajos de Moscovici sobre la representación social del psicoanálisis. Este planteamiento concibe que las representaciones sociales se conforman a partir de la interacción del sistema cognitivo y el social, que permiten la comprensión de la realidad.

En su planteamiento, Moscovici (2001) argumenta que las representaciones sociales definen la realidad, la constituyen y la condicionan. Las formas más relevantes de nuestro medio físico y social están fijadas en representaciones y nosotros mismos estamos formados en relación con ellas. Las representaciones son un tipo de realidad expresada en signos, donde se hallan estrechamente vinculadas percepciones, opiniones, nociones, de tal manera que nuestro modo de pensamiento y lo que pensamos depende de tales representaciones.

Considera que las representaciones sociales despliegan dos roles: uno consiste en que ellas convencionalizan las cosas, personas y sucesos, les asignan una forma, las colocan en categorías dadas y gradualmente las establecen como un modelo de cierto tipo formado por un grupo de

personas; a través de este rol nos ayudan a interpretar mensajes, organizamos nuestros pensamientos de acuerdo a un sistema, que es condicionado por nuestras representaciones y por nuestra cultura. En este sentido, las representaciones se imponen sobre nosotros con una especial e irresistible fuerza (rol prescriptivo), la cual está constituida por una combinación de una estructura (presente antes de que empecemos a pensar) y de una tradición, que estipula lo que deberíamos de pensar.

Las representaciones sociales, como procesos de pensamiento, se crean a través de dos mecanismos: el anclaje y la objetivación. El primer mecanismo se esfuerza por anclar ideas desconocidas y las traduce en categorías ordinarias e imágenes, y las agrupa en un contexto familiar; es decir el anclaje clasifica y nombra las cosas. La objetivación transforma algo abstracto, no familiar, en algo concreto; transfiere lo que está en la mente a algo existente en el mundo físico, algo que podamos ver, tocar y por ende controlar. Las representaciones sociales por tanto son un sistema de clasificación y denotación, asignan categorías y nombran, y su principal objetivo es “facilitar la interpretación de características, la comprensión de intenciones y motivos detrás de las acciones de las personas para formar opiniones” (Moscovici, 2001:48).

Al respecto, el mérito de la teoría de las representaciones sociales está en haber dilucidado el papel de lo social en cuanto a la organización de las operaciones intelectuales del hombre, ya que Moscovici sustenta que las representaciones, el lenguaje y las creencias configuran el psique. El grupo adquiere una gran relevancia en la teoría de Moscovici, como la condición necesaria del individuo, en el cual se recrean actitudes y creencias.

En esta línea de acción, la aproximación a las representaciones sociales logra que aprehendamos las formas y los contenidos de la construcción colectiva de la realidad social. Considera a las representaciones sociales, basada en la perspectiva de Moscovici, como sistemas de significaciones que permiten interpretar el curso de los acontecimientos y las relaciones sociales. De esta forma, las representaciones sociales expresan las relaciones que los individuos y los grupos mantienen con el mundo y los otros, por lo que se configuran en la interacción social y el contacto con los discursos que circulan en el espacio público. Las representaciones sociales están inscritas en el lenguaje y las prácticas, y funcionan como un lenguaje en razón de su función simbólica y de los marcos que proporcionan para codificar y categorizar lo que compone el universo de la vida.

Asimismo, las representaciones sociales se caracterizan por ser construcciones activas, dinámicas, en los procesos de comunicación e interacción cotidianos (Rodríguez, 2003).

Por otra parte, el *enfoque estructural y dinámico* de las representaciones sociales está liderado por las posturas de Abric (2004), quien enfatiza los aspectos estructurales de éstas, ahonda en el análisis de su organización y la jerarquía de sus elementos, y plantea la teoría del núcleo central y los elementos periféricos. La identificación de las representaciones sociales “que los individuos o grupos llevan en sí y utilizan para actuar o tomar posición es reconocida como indispensable para entender la dinámica de las interacciones sociales y aclarar los determinantes de las prácticas sociales” (Abric, 2004:11). Este argumento es una aproximación estructural a la noción de representación social, conocida como teoría del núcleo central, donde postula que en una representación social hay elementos de naturaleza distinta: Un núcleo central y elementos periféricos. Esta postura remite a caracterizar a las representaciones de manera dinámica, en movimiento, consensuadas y presencia de heterogeneidades, rígidas y flexibles.

Un análisis relevante de las representaciones sociales es elaborado por Moliner, Rateau y Cohen-Scali (2004), quienes parten de la necesidad de literatura que trate los métodos movilizables para el estudio de las representaciones sociales; cabe rescatar la disertación que elaboran sobre la concepción que tienen de éstas, partiendo de los planteamientos de Moscovici, y consideran a las representaciones sociales como un conjunto de elementos cognitivos que refieren a un objeto social, y los contenidos de una representación pueden ser calificados indistintamente de opiniones, informaciones o creencias.

Abordar el estudio de las representaciones sociales implica situarse en determinado nivel de observación, lo cual remite a procedimientos metodológicos diferentes. De acuerdo a Moliner, Rateau y Cohen-Scali (2004) se puede optar por un nivel de sociedad global y captar semejanzas y diferencias entre distintos grupos sociales portadores de una representación; también se puede elegir el análisis de la representación de un grupo en particular, y elaborar la comprensión de las formas de estructuración de esta representación en el grupo; asimismo, pueden abordarse las formas en que grupos o individuos utilizan y expresan una representación, esto a través de la identificación de las huellas de la representa-

ción en los discursos y su influencia en los razonamientos y posturas de los sujetos.

El caso particular del estudio de representaciones a nivel global de una sociedad, conlleva a considerar a un conjunto de grupos y subgrupos diversos e imbricados, pero que comparten ciertas reglas en su contexto, los cuales están en interacción. Considerando que las representaciones implican objetos de valor o de utilidad para los miembros de la sociedad, éstos se hallan en el núcleo de la interacción social, de tal manera que los observables en la investigación serían esos objetos sociales en disputa, los cuales son representados de acuerdo a ciertos intereses y lógicas.

De esta manera, las diferencias y semejanzas de intereses en torno a los objetos en disputa, donde se desarrolla el anclaje de las representaciones, se expresa en opiniones y creencias, y sus significados derivarán de la proximidad o distancia de los grupos involucrados, y puede dar lugar a la coexistencia de varias representaciones de un mismo objeto: “ (...) las representaciones que estos grupos elaboran acerca de un objeto dado, depende a la vez de la posición de cada lugar frente al objeto (...), pero también del tipo de relaciones existentes entre los diferentes grupos en interacción” (Moliner, Rateau y Cohen-Scali, 2004:7).

Es importante señalar que realizar un análisis de representaciones sociales en este sentido conlleva a concebirlas como resultado del contexto social y de las relaciones sociales, a su vez que intervienen en la regulación de las relaciones entre los grupos. Es decir, que los grupos sociales interactúan en torno a objetos sociales, y en función de las relaciones que establecen (oposición, competición, cooperación, dominación, poder, etc.) construyen sus representaciones, y a su vez, estas representaciones también participan en la regulación de las relaciones entre los grupos. En esta perspectiva de análisis, Moliner, Rateau y Cohen-Scali (2004) proponen que el estudio consistiría en realizar el inventario de creencias y de opiniones relativas a un objeto y posteriormente identificar los ejes temáticos acerca de los cuales pueden expresarse juicios de valor opuestos, con el fin de ubicar correspondencias entre estos juicios opuestos y los distintos grupos en presencias. A esta postura me interesa agregar que es necesario establecer el análisis del contexto histórico espacio-temporal en que se desenvuelven estos grupos y tratar de desarrollar un acercamiento a la interpretación de las mediaciones que estas representaciones despliegan en las relaciones que establecen los grupos implicados.

Un autor relevante en los estudios culturales y que también ha abordado los estudios de representaciones es Hall (1997), quien elabora un análisis sobre la vinculación a la cultura del concepto de representación, significado y lenguaje, desde una perspectiva construccionista, y desarrolla dos aproximaciones: desde la semiótica, donde retoma a Saussure; y la aproximación discursiva, asociada con Foucault, filósofo e historiador francés.

Hall define a la representación como una parte esencial del proceso por el cual el significado es producido e intercambiado entre miembros de una cultura. Refiere al término cultura como todo lo que distingue al modo de vida de las personas, comunidad, nación o grupo social; asimismo, menciona que recientemente en los estudios culturales y en la sociología de la cultura se ha enfatizado la importancia del significado para definir a la cultura. Primariamente, la cultura está relacionada con la producción y el intercambio de significados entre los miembros de una sociedad o grupo; de tal forma, que los significados culturales organizan y regulan las prácticas sociales, influyen en nuestra conducta y generan efectos reales.

La definición de Hall sobre las representaciones involucra el uso del lenguaje, de signos e imágenes con que representamos las cosas. De tal manera, que es de suma importancia discernir cómo se concibe al lenguaje y a los signos. En este sentido, señala que el lenguaje es un medio a través del cual pensamientos, ideas y sentimientos son representados en una cultura; el lenguaje opera como un sistema representacional y utilizamos signos y símbolos para representar al otro nuestros conceptos, ideas y sentimientos. Por tanto, el lenguaje se erige como una práctica significativa.

Por consiguiente, y con base en planteamientos anteriormente descritos, las representaciones sociales se conciben como sistemas de significados que clasifican, categorizan y nombran personas, objetos y sucesos. Son construcciones sociales porque son configuradas y compartidas por el grupo social de pertenencia, con una identidad que les proporciona valores, códigos e ideologías con que aprehenden e interpretan sus contextos espacio-temporales donde se hallan situados; así que las representaciones sociales expresan, a través de diversos lenguajes, las relaciones que los individuos y los grupos mantienen con el mundo que les rodea y los otros (Hall, 1997; Jodelete, 2000; Moscovici, 2001). De esta manera, las representaciones sociales se constituyen, se reproducen y/o se transfor-

man en las prácticas generadas en los procesos de interacción social y en la interrelación del sujeto con los discursos que circulan en el espacio que habita.

Veamos enseguida la pertinencia de abordar el estudio de las representaciones sociales en el caso específico del espacio urbano, de las ciudades de México.

Espacio urbano y representaciones sociales

Históricamente las ciudades han sido un espacio donde inciden diferentes personas, culturas, flujos de ideas, entre otros elementos, lo cual constituye “la base más favorable para nuevos híbridos biológicos y culturales” (Wirth, 2005:6). Por consiguiente la ciudad es concebida como un espacio sociocultural heterogéneo, social e históricamente producida por una red de relaciones, materialización compleja de prácticas sociales en constante cambio, y no exenta de contradicciones, que constituyen quizá el problema actual más relevante (Bettin, 1982); de ahí que la comprensión multidimensional de los procesos socioculturales locales se hace relevante, y una de estas líneas es el estudio de las características de los escenarios configurados por la tensión/conflicto que se suscitan ante las presencias de la otredad tanto antiguas como nuevas.

El espacio urbano caracterizado por constantes cambios, incertidumbres, conflictos y contradicciones, remite a considerar al espacio social como espacio simbólico que puede implicar tensiones derivadas de las diferentes percepciones de la realidad social, individual y colectiva, lo cual remite a la presencia de luchas simbólicas por la percepción del mundo social (Bourdieu, 1988). En este orden de ideas, podemos preguntarnos cómo los sujetos interiorizamos y externamos las vivencias del espacio urbano donde vivimos, qué significados se construyen de los espacios disputados por diversos agentes, cómo nos marca el territorio y dejamos nuestra marca en él, cuáles son las representaciones sociales que elaboramos del espacio que habitamos, cómo inciden y guían el uso social de éste y las relaciones que establecemos con los otros sujetos.

Los ordenamientos simbólicos del espacio y el tiempo conforman, de acuerdo a Harvey (2004), un marco para la experiencia por el cual aprendemos quiénes y qué somos en la sociedad. Estas estructuras espaciales, así como las formas temporales estructuran no sólo la representación del mundo del grupo sino al grupo como tal, que se ordena a sí mis-

mo a partir de esta representación (Bourdieu, 1988). Esto implica entonces una relación intrínseca entre la ciudad y el sujeto, quien significa a la ciudad desde los elementos que la erigen, la concibe y se concibe; aprende los referentes para concebirse a sí mismo y a los otros, y en este proceso le da vida, significado a la ciudad.

Si se asume que la ciudad es obra de un proceso histórico (Lefebvre, 1978), “un modo de organización de las relaciones sociales que están sujetas a transformaciones continuas” (Bettin, 1982:99), entonces resulta importante delinear las características del desarrollo histórico de los procesos de urbanización regional y las interrelaciones con los procesos globales.

La interacción de estos procesos proporciona los particularismos locales, es decir, perfilan las especificidades del orden social de las ciudades materializadas en el espacio, ante lo cual las ciudades se conforman en un “complejo sistema dinámico en el cual las formas espaciales y los procesos sociales se encuentran en continua interacción” (Harvey, 1979:41). Por tal motivo es importante asumir la relevancia de dar cuenta del desarrollo histórico de los procesos urbanos de los contextos regionales en que se sitúa espacialmente la investigación, la inserción de aspectos globales y las características de lo local que permiten plantear la problemática sociocultural que se aborda.

Por ejemplo, podemos mencionar la etapa de expansión de la urbanización que se dio de manera acelerada en Latinoamérica y en particular en México, entre mediados del siglo XIX hasta el siglo XX, como efecto de la modernización, con una caracterización que se refleja en el crecimiento demográfico caótico de la mayoría de sus ciudades, la depredación del medio ambiente y la presencia de amplios grupos de población marginada (Steinou, 1996). Al respecto, la UNESCO mencionado por (Miralles, 2001) considera que el proceso de urbanización es una de las principales preocupaciones de numerosos países y, en particular, de los países en desarrollo; es un fenómeno mundial sin retorno y proyecta que a finales del siglo XXI afectará a casi la mitad de la población del planeta y sus efectos económicos, sociales y culturales serán difíciles de controlar en muchos casos. Estas sociedades urbanizadas se insertan en complejos y graves problemas, y parte de la crisis de la urbe contemporánea, señala la UNESCO, se caracteriza por el derrumbe de las relaciones humanas y de comunicación que en ella se han dado, el debilitamiento de los canales

interpersonales, de la fractura, muchas veces violenta, de la relación ciudadano-ciudad.

Estos contextos regionales y locales, configurados históricamente por específicas relaciones sociales, se insertan también en fenómenos globales con desarrollos complejos, distintos e incluso yuxtapuestos, ya que la globalización implica, de acuerdo a Beck (1998:127), “la intensificación de los espacios, sucesos, problemas, conflictos y biografías transnacionales”. De ahí que el problema central de las interacciones globales, puntualiza Beck, en lo que respecta a los sistemas mundiales asociados con el capitalismo, es la tensión entre el proyecto homogeneizador y la heterogeneidad cultural. Considera que lo local es un aspecto de lo global, de tal manera que lo “glocal” puede representar un mundo fragmentado tanto por conflictos económicos como culturales, o también nos puede remitir a nuevas y particulares comunidades.

Sin embargo, hablar de interacción, de intercambios culturales a nivel mundial entre grupos situados a distancia tanto en lo espacial como en lo sociocultural no es un tema nuevo, esto es parte de antiguos procesos históricos. Los avances tecnológicos aceleraron los procesos y el tiempo de desplazamiento, lo cual dio lugar a sistemas coloniales complejos con intercambios de ideas e identidades, que derivó en el surgimiento mundial de comunidades imaginadas de los recientes nacionalismos; mundos contruidos por paisajes, dimensiones de flujos culturales globales con los que se pueden explorar las dislocaciones globales (Appadurai, 2001).

El siglo XX y la etapa actual en que nos desenvolvemos se caracterizan por las aceleradas y constantes transformaciones sociales, territoriales y culturales, donde las ciudades se ven impactadas por la intensificación de los procesos migratorios a nivel mundial. Esto conlleva a que miembros de diferentes grupos sociales se reorganicen en nuevos territorios, reconstruyan sus historias y reconfiguren su identidad. Appadurai (2001) estima que el asunto crucial de los procesos culturales globales, y agregaríamos en interrelación con las particularidades locales, es la lucha extrema entre la identidad y la diferencia, expresada de diferentes formas.

En este sentido, los países latinoamericanos expresan procesos continuos de transformación estrechamente relacionados con movimientos migratorios, procesos de urbanización y la interacción de grupos cultura-

les diferentes, lo que complejiza la cuestión de la identidad cultural (Chambers, 1994), y puede dar lugar a tensiones y conflictos por las representaciones de la otredad y el espacio compartido.

En México uno de los problemas más complejos está constituido por el aumento de la concentración de la población en áreas urbanas, derivado tanto de flujos intrarregionales, regionales y transnacionales, lo que implica el carácter pluriétnico de las ciudades, una diversidad cultural que brinda diferentes valores, formas de pensamiento, y de organización (Keith, 2005). Estas ideas se ejemplifican en algunas ciudades conformadas actualmente por amplios grupos étnicos migrantes, quienes en su mayoría se sitúan en las urbes en desventaja para poder acceder a servicios públicos, infraestructura, empleo, etc., y en algunos casos enfrentan situaciones tensas con las autoridades y población original, que generalmente los representan como sinónimos de usurpadores del territorio y generadores de violencia. Estas representaciones del yo, los otros y el derecho al uso del espacio urbano estructuran universos simbólicos que se materializan en la desigualdad, la exclusión y el estigma, tanto en las interacciones sociales intergrupales como en el territorio.

En este contexto, las ciudades conformadas por una diversidad cultural, y caracterizadas por la multiculturalidad¹ expresan un paisaje étnico donde se hallan entretejidas complejas redes de negociación e interacción culturales, que implican desprendimiento, desplazamiento, apropiación y negación tanto del yo, como del otro (Bóxer, 2006; Narváez, 2006; Touraine, 2006). En estas redes se constituyen mundos imaginarios de miedos, de incertidumbres, de peligros, de riesgos, de nostalgias y de olvidos, pero también mundos concretos de posibles oportunidades, así como de profundas desigualdades económicas, sociales, políticas y culturales.

Estas ciudades se configuran como mapas simbólicos, donde los miembros de diferentes grupos étnicos entran en conflictos internos y externos ante el sistema de representaciones con que representan a los

1 El término multiculturalidad expresa un fenómeno caracterizado por la coexistencia de múltiples culturas en un espacio, producto de procesos de integración de etnias, minorías nacionales o culturales de diferente tipo, o de migraciones (Kimlicka, 1995; Cervantes, 2006; De Lucas, 2006).

otros, o con que son reconocidos, los cuales intentan superar, fusionar, enfrentar o convivir en diferencia. En estas sociedades conviven en diferentes dimensiones dichas identidades que en gran parte innovan continuamente las formas de crear el espacio que viven y habitan, las interacciones sociales y los mecanismos de resistencia y sobrevivencia.

En este marco de ideas, conocer las particularidades del orden social de contextos multiculturales, entendido como la estructura de relaciones sociales (Giddens, 1995), implica el acercamiento a la dimensión cultural internalizada de los sujetos situados históricamente. Una forma de acceder a ello es a través del estudio de sus representaciones sociales, que permiten entender la manera en que se configuran las redes de relaciones entre los diferentes grupos poblacionales a lo largo de la constitución de estas localidades; las formas en que se materializan estas relaciones en la estructura espacial, así como los significados que se tejen entre los sujetos que la viven, y que orientan las interacciones sociales.

A manera de conclusión

El estudio del espacio, a manera de región sociocultural, desde las representaciones sociales nos sitúa en el marco de la investigación sociocultural cuyo objetivo es comprender las relaciones entre los procesos mentales por un lado, y la situación cultural, histórica e institucional por el otro.

El análisis de las representaciones sociales hace una contribución al estudio de la cultura y de la comunicación a través del análisis del sistema de significados que grupos diversos construyen, con lo cual se pueden inferir las particularidades del orden social de espacios situados, y se constituye como una estrategia para la comprensión de sociedades complejas. Esto es así, ya que las representaciones sociales se entienden como sistemas de significaciones que conforman la estructura simbólica de una sociedad desde la cual organiza su producción de sentido, dan forma a la experiencia y median las relaciones sociales que sujetos y grupos establecen con el mundo que les rodea y configuran las particularidades del orden social (Jodelet, 2000; Moscovici, 2001; Peña, 2001).

Es decir, que a través de las representaciones sociales se pueden comprender las especificidades simbólicas que una colectividad imprime en la construcción de su realidad, sus formas y sus significados. Estos sistemas de significaciones nos posibilitan la comprensión de relaciones so-

ciales que los individuos y los grupos establecen con el mundo que les rodea, y conforman sus realidades en determinado espacio y tiempo.

Referencias bibliográficas

- Abric, Jean C. (2004). **Prácticas sociales y representaciones**. Ediciones Coyoacán, México.
- Agier, Michel (1997). La ciudad: sentidos y representaciones. En O. Hoffmann y F. Salmerón Castro (Coord.), **Nueve estudios sobre el espacio. Representación y formas de apropiación**. CIESAS, México: 177-187.
- Appadurai, Arjun (2001). **La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización**. Ediciones Trilce, Montevideo.
- Beck, Ulrich (1998). **¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización**. Paidós, Barcelona, España.
- Bettin, Gianfranco (1982). **Los sociólogos de la ciudad**. Editorial Gustavo Gili, España.
- Berger, Peter y Thomas Luckmann (1999). **La construcción social de la realidad**. Amorrortu editores, Buenos Aires, Argentina.
- Beriain, J. (1990). **Representaciones colectivas y proyectos de modernidad**. Anthropos editorial del hombre, Barcelona, España.
- Bourdieu, Pierre (1988). Espacio social y poder simbólico. En **Cosas Dichas**. Editorial Gedisa, Barcelona, España: 127-142.
- Bóxer Liwerant, Judit (2006). Globalización, diversidad y pluralismo. En **Multiculturalismo: perspectivas y desafíos**. El Colegio de México/UNAM /siglo XXI editores, México: 79-102.
- Chambers, Iain (1994). **Migración, cultura, identidad**. Amorrortu editores, Argentina.
- Durkheim, Emile (Trad. 2004). **Las reglas del método sociológico**. Edit. Colofón, México.
- Durkheim, Emile (Trad. 2007). **Las formas elementales de la vida religiosa**. Ediciones Colofón, México.
- Giddens, Anthony (1995). **La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración**. Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina.
- Giddens, Anthony (2001). **Las nuevas reglas del método sociológico. Crítica positiva de las sociologías comprensivas**. Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina.

- Giménez, Gilberto (1999). Territorio, cultura e identidades. La región sociocultural. Revista **Estudios sobre las culturas contemporáneas**, No. 9: 25-57.
- Hall, Stuart (1997). **Representation. Cultural representations and signifying practices**. Open University, London.
- Harvey, David (1979). **Urbanismo y desigualdad social**. Siglo XXI editores, México.
- Harvey, David (2004). **La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural**. Amorrortu editores, Buenos Aires, Argentina.
- Hoffmann, Odile y Salmerón Castro, Fernando (1997). Introducción. Entre representación y apropiación, las formas de ver y hablar del espacio. En O. Hoffmann y F. Salmerón Castro (Coords.), **Nueve estudios sobre el espacio. Representación y formas de apropiación**. CIESAS, México: 13-29.
- Jodelet, Denise y Guerrero Tapia, A. (2000). **Develando la cultura. Estudios en representaciones sociales**. UNAM, México.
- Keith, Michael (2005). **After the cosmopolitan? Multicultural cities and the future of racism**. Routledge, New York, EU.
- Lefebvre, Henri (1978). **El derecho a la ciudad**. Ediciones Península, Barcelona.
- Lindon, Alicia (2001). El significado del espacio urbano en la experiencia del sujeto. Revista **Ciudades**, No. 49: 15-20.
- Martín Barbero, Jesús (2003). Transdisciplinarietà: notas para un mapa de sus encrucijadas cognitivas y sus conflictos culturales. Ponencia en Congreso Internacional **Nuevos paradigmas transdisciplinarios en las Ciencias Humanas**. Universidad Nacional, Bogotá de Santa Fe, Colombia. Abril 7-9.
- Miralles Castellanos, Ana (2001). Comunicación para el desarrollo urbano. **Documentos**, número 1.
- Moliner, Pascal, Rateau, P. y Cohen-Scali, V. (2004). **Las representaciones sociales. Práctica de los estudios de campo**. Presses Universitaires de Rennes, Francia.
- Moscovici, Serge (2001). **Social Representations. Explorations en Social psychology**. New York University Press, Great Britain.
- Narváez Tijerina, Adolfo (2006). **Ciudades difíciles. El futuro de la vida urbana frente a la globalización**. Universidad Autónoma de Nuevo León/Plaza y Valdés editores, México.

El espacio-región como sitio de producción cultural desde las representaciones sociales
Ana B. Palacios Gámaz

- Ortega Rubí, María (2004). Representaciones sociales de la pobreza y las prácticas sociales. Un estudio comparativo. En **Del pensamiento social a la participación. Estudios de psicología social en México**. Sociedad Mexicana de Psicología Social/ Univ. Aut. De Tlaxcala/UNAM, México: 193-207.
- Peña Zepeda, Jorge y O. González (2001). La representación social. Teoría, método y Técnica. En M. L. Tarrés (Coord.). **Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social**. Porrúa, México: 327-372.
- Pérez-Taylor, Rafael (2002). Construir el espacio. En R. Pérez-Taylor (Comp.). **Antropología y complejidad**. Gedisa, España: 139-190.
- Rodríguez Cerda, Óscar (2003). Las representaciones sociales: entretejidos de la razón y la cultura. Revista **Relaciones**, No. 93: 83-95.
- Steinou, Javier (1996). La ciudad como proceso de comunicación. En **Anuario CONEICC de Investigación de la Comunicación III**. México: Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación.
- Touraine, Alain (2006). Las condiciones de la comunicación intercultural, en **Multiculturalismo: perspectivas y desafíos**. El Colegio de México/UNAM/siglo XXI editores, México: 275-303.
- Wallerstein, Immanuel (1999). El legado de la sociología, la promesa de la ciencia social. En R. Briceño León y H. Sonntag (Edits.). **El legado de la sociología, la promesa de la ciencia social**. Nueva Sociedad/URCCH UNESCO, CENDES, Caracas: 11-61.
- Wirth, Louis (2005). **El urbanismo como modo de vida**; en núm. 2 (traducción de Víctor Sigal, Ediciones 3, Buenos Aires, 1962). Consultado el 12 de noviembre de 2006. Tomado de www.bifurcaciones.cl
- Zemelman, Hugo (1996). **Problemas antropológicos y utópicos del conocimiento**. El Colegio de México, México.